

RELIGION Y CULTURA

POR

NARCISO JUANOLA SOLER
Doctor en Filosofía.
Catedrático de I. B.
Profesor del U. N. E. D.

«La Religión cristiana no es hoy un deforme gusano,
que con el tiempo debe trocarse en pintada mariposa.
Permaneciendo la misma,
se adapta a la diversidad de las épocas
y produce variados efectos:
el mismo sol que alumbrando hórridas montañas
las puebla de robustas encinas,
brillando sobre climas apacibles
los embellece con vistosos frutales
y los recrea con delicados perfumes».

Jaime Balmes.

I. LA ESENCIA DE LA CULTURA.

¿Qué es?

La cultura es todo lo enriquecido por la actividad específica del hombre, que es racional y libre. Por su propia naturaleza es un bien común.

¿Qué hace?

El hombre, por medio de su actividad cultural, *continúa y amplía la obra de Dios.* Únicamente por el espíritu del hombre,

el ser puede de-velarse y acrecentarse, es decir, puede llegar a ser «cultura». Esta consiste en el enriquecimiento del ser de las cosas y del mismo ser humano mediante la actividad espiritual.

Destinatario de la cultura.

La cultura es la expresión encarnada del espíritu, la intención y el fin del espíritu. La cultura es el vehículo con que los seres espirituales, las personas, son capaces de comunicarse y enriquecerse: *El hombre es el destinatario de la cultura.* La cultura reside en la adquisición de los hábitos de la *técnica* y del *arte*, de las *virtudes morales e intelectuales*, para que de este modo se logre una inclinación permanente para obrar o hacer bien su propia actividad. *Pero la cultura reside mejor en el espíritu enriquecido.*

¿Qué da sentido a la cultura?

Sólo las metas supremas ultratemporales del espíritu humano hacen cobrar sentido a la búsqueda finita de los bienes temporales e históricos. Es decir, sólo dichas metas *hacen cobrar sentido a la misma cultura y al mismo humanismo.* Así, pues, la cultura es una participación del Bien infinito, históricamente realizada en el tiempo. Por ello, *en los cambios culturales, lo que permanece es el bien o el valor de la verdad, bondad y belleza que encarnan.*

La cultura esencial.

Hay, pues, una cultura esencial, una creación humana de bienes y valores permanentes en las cosas y en el propio hombre.

Cultura y auxilio divino.

La misma cultura natural no es moralmente posible sin el auxilio de la gracia y fuera del cristianismo es moralmente irrealizable.

La verdadera cultura consiste en edificar un mundo mejor en la verdad y en la justicia. Dicha cultura no hace parecer la fidelidad viva a la herencia de las tradiciones, sino que se fundamenta en ellas.

El fenomenismo agnóstico actual no es un efecto necesario de la cultura contemporánea. La cultura debe estar subordinada a la perfección integral del ser humano. Ella dimana inmediatamente de la naturaleza racional y social del hombre.

II. CULTURA E IDEOLOGÍAS.

Los valores culturales sociales y los valores de la personalidad individual se hallan relacionados indisolublemente, puesto que la naturaleza individual y social del ser humano también son inseparables.

La cultura es la expresión de la naturaleza humana y de su conciencia ética, en relación con las exigencias de dicha naturaleza. De ahí se deduce que existe una *igualdad fundamental de la esencia moral de las culturas.*

La cultura es el desenvolvimiento del hombre en virtud de las disposiciones espirituales. Es el conjunto de fuerzas conformadoras, como la religión, las convicciones sociales, las instituciones jurídicas, los vínculos profesionales y de vecindad, los ideales de una nación.

La cuestión social es una cuestión de cultura y la ley natural es la ley cultural más esencial. Por ello, los valores culturales auténticos tienen una transparencia de Dios y la realidad plena de la cultura viene condicionada por la vinculación de la misma al orden de los valores morales, que son comunes a todos

los pueblos, como resultado de la unidad de la naturaleza racional del hombre.

Creer en un progreso social ininterrumpido, es caer en un craso error: *El nihilismo de la intelectualidad y el materialismo, incrustado en el espíritu de la masa, hacen imposible creer en el dogma infalible del progreso.*

La solución del problema cultural consiste en la creación de unas estructuras de vida social que permitan que el hombre pueda ser aquello que está determinado a ser en virtud de su propia naturaleza.

El hombre es, por naturaleza, un ser de cultura y de comunidad. *Un mínimo de moral y de moralidad, socialmente garantizada, es el primer fundamento de toda cultura. A través de la familia, alimento vital de toda cultura, el hombre hunde sus raíces en el substrato tradicional de la cultura. La familia es, pues, la célula moral y cultural por excelencia.*

La cultura ha de referirse al ennoblecimiento del ser humano en su integridad. La sociedad tiene la misión de recrear culturalmente al hombre. El acto cultural debe tener su fuente en la inteligencia.

Una cultura es perfecta si sus realizaciones repercuten en la vida y la elevan intelectual y moralmente. Si la técnica mira a lo útil, instrumentalizando la realidad, la cultura respeta dicha realidad, accediendo a ella por modo de la contemplación.

La llamada «cultura general», vagamente educa el carácter y la inteligencia. Hoy en día, como lo era para los modernos, el principio del saber es el poder. Pero la libertad cultural se basa en el trascender la utilidad inmanente, en el apartar la mirada de todo aquello que tiene significación práctica. Así pues, cuando el saber se pierde, convirtiéndose en un instrumento ajeno a la teoreticidad, se corrompe la cultura. La cultura tiene que estar informada por el acto filosófico, que se cumple en la teoría y sólo así constituye un saber del ser humano libre y que se sabe libre.

La libertad cultural se pierde cuando se pierde el carácter filosófico de la cultura, cuando se transforma en un saber puesto

al servicio de un sistema de poder ajeno a su valor teórico, cuando renuncia a la tarea de trascender el mundo de la praxis, cuando se convierte en «ideología». Así, la eclosión moderna de las «ideologías» tiene su origen en el deslizamiento de la verdad desde la inteligencia a la voluntad (voluntarismo irracional). El error será lo no coincidente con lo que el deseo quiere.

En la «ideología», el deseo de querer es el deseo de poder y éste la esencia de dicho poder, que pone las condiciones para conservarse (la verdad ideológica). El fundamento de la «ideología» es, de este modo, el deseo de poder, que impera sobre los fines culturales, eliminándolos en cuanto fines teóricos o intelectuales. La conquista técnico-científica no hace más que acrecentar la soberanía del deseo de poder, todo lo cual incrementa, a su vez, la falta de sentido y la ocultación de lo real.

La «ideología» es incapaz de una fundamentación pensante; no la tolera. De ahí que no pueda ser refutada. La «ideología» nada tiene que ver con la verdad, es carente de verdad. La «ideología» no es más que una condición de eficacia impuesta por el poder.

III. METAFÍSICA DE LA CULTURA.

La metafísica es la búsqueda del principio y del fin último de lo que es en tanto en cuanto es, la búsqueda del fundamento absoluto o del sentido radical del ser, de todo ser. Hay, pues, un problema metafísico de la cultura: La cultura es obra del ser humano y el hombre no entiende su significado profundo mientras no capta su inteligibilidad metafísica, es decir, mientras no soluciona el problema de su verdad como hombre.

La cultura por la cultura es «culturalismo», superstición e idolatría, mito y no realidad, hecho y no valor.

Si el hombre se toma a sí mismo como principio y fin último, se absolutiza y se diviniza algo finito, o lo que es lo mismo, se le niega en su ser propio. Ello implica suprimir el problema metafísico y la reducción del ser humano, en contra del orden

del pensamiento y de la naturaleza humana, a su destino contingente-histórico: El mito del super-hombre. De esta manera, toda cultura se considera autónoma, incondicionada y absoluta, negando a las demás.

La superstición de la cultura conduce al fanatismo de la misma, a la incomunicabilidad. Absolutizar alguna realidad contingente es crear un fetiche, un primitivismo refinado y sutil, sofisticado, que siempre ha estado en la base de toda forma de inmanentismo.

Hay que indagar sobre la verdad de la verdad de la cultura. La solución nos viene dada a partir de la verdad acerca del hombre. Y la verdad de la historia humana trasciende a la historia: Esta, obra del hombre, tiene su sentido último más allá de la historia, en el orden eterno que la funda y guía y que ella, imperfectamente, reproduce para que el hombre, a su través, realice su destino supratemporal.

A la cultura, pues, le es necesaria una norma interior, constitutiva de su estructura, que marque su sentido y dirección (teología de la cultura). Y si la vida es privada de su norma, también se encuentra así la cultura. La cultura, en definitiva, se sustancia con la inteligibilidad metafísica del hombre. Al perderse hoy en día el sentido de la trascendencia y la conciencia religiosa natural y sobrenatural, se ha conquistado el sin-sentido de la inmanencia y, de este modo, el hombre se ha encerrado en la finitud de la experiencia utilitaria y pragmática, hedonista, acabando por renunciar a la metafísica, es decir, a la razón que le define. En el fondo, también se ha quedado sin la fe en la inmanencia.

La crisis actual del hombre es crisis y fracaso de las formas culturales inmanentistas. Sólo una cultura cristiana es verdadera cultura. Si hoy Europa subsiste es gracias a los conceptos metafísicos que el cristianismo puso en la cultura occidental, conceptos como «persona», «libertad», «amor», «caridad», etc. A pesar del laicismo imperante, todavía se vive de la impronta cristiana (Jerusalén); de la razón (Atenas) y del derecho (Roma).

La cultura debe expresar la verdad del hombre, de lo con-

trario es un remedo de cultura. Por ello siempre será conforme a la verdad cristiana. La cultura, cargada de los valores humano-naturales, que por ello son cristianos, debe informar al mundo: Esta es su finalidad social, la expresión de la integralidad del ser humano.

IV. TEOLOGÍA DE LA CULTURA.

La crisis de la cultura es crisis de la trascendencia. La crisis de la cultura es el aspecto aparente de la crisis de los fundamentos metafísicos. La crisis de la cultura es el fondo de las filosofías de la inmanencia, únicamente preocupadas en justificar la realidad física y la realidad humana sin recurrir a la trascendencia, fundando este mundo sobre sí mismo y presentándose, a la vez, como la «nueva» metafísica.

La única realidad que hoy se considera es la realidad histórica, que se identifica con la realidad política o económica, en cualquier caso con un valor puramente humano, mundano, terreno, laico, arreligioso; con un valor finito y relativo que, de este modo, viene absolutizado. La crisis de la cultura es las crisis del fundamento, de un fundamento absoluto del pensamiento.

Una de las consecuencias de las culturas inmanentistas es la incomprensión y la falta de respeto que hay entre ellas. En efecto, negada una verdad absoluta y trascendente, negada una verdad objetiva, no es posible evitar el subjetivismo de la verdad. El relativismo subjetivista, ya sea entendido empírica o idealísticamente, no pierde su esencial inmanentismo: Siempre consiste en una absolutización ficticia y arbitraria de algo relativo. De ahí la pretensión de cada postura de identificarse con la verdad absoluta y la transformación del respeto en fanatismo intolerante. Ello engendra la incompatibilidad de las distintas culturas, su no cooperación y su falta de mutuo respeto. Es imposible acercarlas entre sí, ya que falta el fundamento común de una verdad real y objetiva que las haría fructíferas.

Cuando se niega la existencia de una verdad absoluta, cuan-

do se niega la verdad trascendente, se cae en un dogmatismo absoluto, o bien en un absoluto escepticismo (problematicismo). Entonces, ya no hay posibilidad de entenderse, ya que falta un punto de referencia independiente de nosotros mismos: Ya no puede haber ni respeto ni tolerancia. En el fondo, todo estriba en ser o no humildes ante la verdad, ser o no amantes y obedientes ante ella.

Hay un acto de moralidad radical, metafísico: El reconocimiento de la trascendencia teológica. La moralidad de la cultura, pues, es el reconocimiento metafísico (teorético) de dicha trascendencia, la honestidad cultural por excelencia.

La cultura es el fruto de la libertad espiritual. En este sentido, el progreso de la cultura es un progreso moral o no es tal. La «incultura» de las culturas inmanentistas, obnubiladas por la praxis y la utilidad, violentan el fin del ser humano en un angosto espacio de terreno y en el breve tiempo histórico, desnaturalizando así su aspiración fundamental, real y natural. De esta manera se niega el fundamento de la libertad, que es auténtica en el reconocimiento de sus propios límites, o sea, en el reconocimiento de la trascendencia que la funda y garantiza.

No hay verdadera cultura donde todo está limitado al tiempo y a la historia. La condición de la cultura es, todavía, la aceptación de la concepción dualista de la realidad Dios-mundo. La cultura «moderna» ha tratado de abolir lo ultratemporal y meta-histórico y ha señalado con esto la decadencia de la cultura occidental, que ha venido a ser culturalismo subjetivista, caótico e infecundo.

El Occidente moderno se muestra satisfecho de la sola cultura y resuelve la esencia de la vida espiritual en la historia. Pero la cultura es, en verdad, el camino a través del cual el hombre ha de conquistar el fin ultraterreno, purificarse y rescatar la actividad mundana del espíritu, o bien perderse. Así, el Occidente se halla descontento, histérico, decadente y paradójico: le ha quedado un simbolismo de la cultura, sin una verdadera cultura real, ontológica, metafísica, teológica. La cultura actual está en la zona mediocre de todo lo que se halla desengan-

chado de lo eterno. El Occidente ha querido resolver lo eterno en el tiempo, el ser en el devenir, la trascendencia en la inmanencia, lo metahistórico en lo histórico: el Occidente se ha vuelto occidentalismo.

La cultura actual, al no admitir la dualidad Dios-hombre, ha negado a ambos y ha incidido en un monismo ateo e inhumano. Sólo la consideración de las dos realidades, debidamente jerarquizadas, ni opuestas ni separadas, sino orientando la una a la otra, pueden salvar la cultura de Occidente.

La estructura auténtica, la filosofía esencial de la cultura de Occidente es dualística. Grecia, Roma y Jerusalén son los tres elementos constitutivos de dicha civilización. Alemania es la tierra del monismo y del panteísmo y, en este sentido, no es precisamente una forma de civilización occidental.

Hoy en día, ya perdida la confianza en la absolutez de los valores humanos, cosa que era inevitable una vez negada la concepción dualista de la metafísica clásica, y sin reconquistar la certeza de la existencia del Absoluto trascendente, se ha perdido toda confianza y se ha concluido proclamando la no existencia de valores, ya que no existe un fundamento absoluto de los mismos. Es el mismo concepto de persona humana el que se ha perdido.

El inmanentismo es, pues, la amenaza más grave, la muerte de la civilización occidental. Sólo se puede superar la crisis mediante la restauración de la metafísica dualista o de la trascendencia.

V. IGLESIA Y MUNDO MODERNO.

A raíz del racionalismo y del empirismo, la filosofía, la ciencia, la política y el derecho son considerados como investigaciones autónomas, separadas de la religión. El punto culminante fue alcanzado con el iluminismo del setecientos. Ello señala el comienzo de la crisis europea, el *regnum hominis*, el laicismo racionalista y materialista. El alma inspiradora y fecundadora de la civilización ya no es el catolicismo.

Asimilar el catolicismo al mundo moderno es el intento del laicismo. El catolicismo, permaneciendo firme en su núcleo, puede (y lo hace) expresar aquellos ideales del mundo moderno que pertenecen a exigencias naturales del ser humano, tales como la exigencia de atenerse a lo concreto y a los descubrimientos de las ciencias. Pero el mundo moderno debe despojarse de sus prejuicios anticonfesionales.

Se trata, pues, de volver a unir lo que ha sido separado, de componer un divorcio nefasto, no de exacerbar un conflicto o una indiferencia. Para ello hay que distinguir entre «catolicismo civil» y «civilización católica». Un catolicismo civil empequeñece la función de la Iglesia, hasta el punto de identificarla o mezclarla en asuntos estrictamente políticos, es decir, instrumentalizándola, adaptándola a la civilización moderna, resolviéndola en ella, disolviéndola, ajena ya a las preocupaciones religiosas, mundanizándose y negando su origen y finalidad sobrenaturales.

La tarea de la Iglesia es reconquistar el curso de la civilización y volver a ser su motivo inspirador y directivo. El problema verdadero es el de la mundanidad bien entendida, esto es, cristiana: luchar en el mundo con espíritu cristiano, fuerte, seguro y ortodoxo en lo esencial. Este es el surco fecundante de la tradición que constituye, no un peso que hay que arrastrar, sino un muelle que impulsa el avance, el conservar innovando.

La libertad, la justicia, la sociabilidad, la democracia, el pensamiento, la historia, etc., son concebidos por el mundo moderno y contemporáneo de una manera que la Iglesia no puede aceptar. Pero no se trata sólo de condenar y rechazar, o peor, condenar el aspecto teórico y buscar el compromiso en lo práctico: se trata de atraer los auténticos valores de la modernidad al surco del cristianismo, a fin de que fructifiquen con y para él, pero no contra él. El gran problema consiste en hacer fructificar la tradición, en demostrar que no es toda conservadurismo, sino revolución perenne, desplegamiento continuo de la verdad, que es una e idéntica, pero inagotable en su unidad e identidad.

Las personas que han sucumbido a los cantos de sirena del

laicismo moderno seguramente han sido buenos cristianos, pero no cristianos buenos: creían, pero no tenían fe.

Es indispensable hoy día, para que exista una civilización católica, que el pensamiento católico tradicional se torne intrínseco en nosotros y nos hagamos intrínsecos a él. No se trata de adaptarlo a las contingencias, ni a los intereses, ni a los gustos. Sin ello, la civilización moderna está condenada a la esterilidad y a la destrucción de sí misma.

Para los católicos es injustificable un divorcio entre Iglesia y civilización. La Iglesia no es, como dice el laicismo, un grave y persistente obstáculo para el avance de la civilización. Hay que decir con toda energía que una cosa es obstinarse en salvar lo viejo y otra muy distinta defender intransigentemente lo eterno: a esto no podemos renunciar. La verdad de la Iglesia, precisamente por ser verdad, ofrece la real posibilidad de satisfacer todas las exigencias de la humanidad, es decir, de formar e informar la civilización actual. Es más, sólo el catolicismo ha efectuado y efectúa una civilización auténtica, basada en el «capital del espíritu».

Desde el Renacimiento hasta hoy día, el laicismo ha roto la unidad de la fe y la razón, ha celebrado la autonomía de ésta respecto de aquélla. Pronto esa autonomía se convirtió en contraposición y ésta en ocupación del lugar que antes habitaba la fe. En otras palabras, el hombre, primeramente, se desprendió de Dios, luego se puso contra Dios y, finalmente, se colocó en su lugar.

La Iglesia conservó y conserva el mensaje de Cristo, así como las verdades racionales naturales. A la famosa frase de Pitágoras: «el hombre es la medida de todas las cosas», opuso la verdad de que «Dios es la medida de todas las cosas, incluso del hombre». La civilización moderna, al rechazar la Revelación y al hacer a la razón la generadora de la verdad, constituye la civilización del hombre-Dios, antítesis de la civilización cristiana del Dios-hombre: desde este punto de vista es la civilización del anti-Cristo: su inmanentismo es el elemento esencial que la

hace anticristiana. Así, pues, desde esta perspectiva no cabe conciliación alguna entre la Iglesia y la civilización moderna.

Toda exigencia verdaderamente fundada, esto es, que responda a la verdadera naturaleza humana, no puede menos que hallar acogimiento en la Iglesia. Una doctrina que satisfaga tal exigencia no puede estar en oposición con las enseñanzas dogmáticas, filosóficas, morales y sociales de la Iglesia. Hay, pues, siempre, una verdad «católica», es decir, universalmente verdadera que, como en verdad es un avance de la civilización y como «católica» es un enriquecimiento de la verdadera civilización católica.

Si una exigencia natural del hombre se declara satisfecha por una doctrina contraria a la Iglesia, estamos seguros de que ello es imposible y obligados o demostrar (aspecto negativo) que tal doctrina es errónea y que, por lo tanto, no satisface tal exigencia; y a demostrar (aspecto positivo) que tal exigencia queda plenamente satisfecha por la verdad de la Iglesia, sin las consecuencias negativas que la presunta verdad acarrecaba según la lógica del error. Aquí, el progreso de la civilización católica también es doble: por un lado, se demuestra el error de una doctrina que se tenía por verdadera; por otro lado, se adquiere, sobre la enseñanza de la Iglesia, la verdad que la nueva exigencia ha provocado.

La exigencia de lo concreto que está en el fondo del materialismo y del positivismo, ¿es contraria al mensaje de la Iglesia? No, pero cuando se pasa a la afirmación de que todo es material, o que todo es un hecho de experiencia sensible, o que un determinismo causal regula indefectiblemente todos los fenómenos físicos y psíquicos, que el espíritu es una manifestación de la materia, que la libertad no es sino una manifestación de la espontaneidad mecánica, que no existe una génesis espiritual de lo real ni una racionalidad ordenadora, que no hay ninguna finalidad ni en el hombre ni en las cosas, entonces la Iglesia está en contra, ya que todas estas negociaciones no son necesarias para salvar las exigencias de lo concreto.

Lo mismo ocurre con la ciencia. Si ésta cree resolver todos

los problemas, si se arroga el derecho de substituir o abolir a la metafísica, olvida que debe estar subordinada a los fines espirituales del hombre y, entonces, la Iglesia debe combatir semejante usurpación y arbitrariedad en favor de una ciencia auténtica. La Iglesia, pues, al rechazar el ídolo de la ciencia, su endiosamiento, es garantía del progreso científico.

La Iglesia, al rechazar la disolución del concepto de Dios en una divinidad impersonal, lejana, puro ente de razón; la Iglesia, al negar la identificación de Dios con el mundo (el panteísmo) reivindica la personalidad propia de Dios y la nuestra. También, pues, contra el panteísmo la Iglesia defiende la civilización.

La Iglesia ha defendido la civilización contra aquellas filosofías inmanentistas que, en su decaída arrogancia, se presentaban como la panacea de todos los adelantos. Cuando el inmanentismo va más allá del hecho humano de experiencia y se deifica, identificando a Dios con la historia, negando la legitimidad de la metafísica, entonces se contraponen a las exigencias naturales verdaderas que la Iglesia defiende. La Iglesia, que puede aceptar la nueva ciencia de la historia, se ve obligada a rehusar el inmanentismo en defensa de la misma persona humana y en nombre de una historia que halla sus últimas razones en principios de orden metafísico y hasta teológico, principios únicos que permiten explicarla y fundarla.

La civilización moderna no ha liberado al cristianismo de todo lo «mitológico» y «primitivo». De ser así, resultaría que ese cristianismo «mejor» sería un cristianismo sin trascendencia divina, sin Revelación, etc., y se fundaría en una religión meramente laica y racional del hombre autosuficiente y libre en el uso incondicionado de su divina razón y voluntad. La Iglesia no es la conservadora de un cristianismo fosilizado y muerto, corrompido por la institución eclesiástica. Es muy urgente restituir las cosas a su sitio, haciendo constar que, desprendidos de la enseñanza del Magisterio, el cristianismo se corrompe necesariamente, pues queda fuera de su legítima y divina fuente eterna, tornándose fluido, problemático, interpretable de las maneras más diversas, dispares y contradictorias, convirtiéndose en

un sistema de filosofía o en un conjunto de normas prácticas o en un mero orden de moralidad, o sea, en un cristianismo que ya no puede reconocerse como tal.

Hoy día, la Iglesia, en nombre de la verdadera civilización y de la sana cultura cristiana, lucha contra el anticristianismo actual, al que le quedan dos soluciones: o bien que se arrepienta, o bien que se ahorque. La trágica civilización laicista no es más que una parodia y una ruinoso involución. Su adhesión a un cristianismo social sin Dios, sin Cristo y sin la Iglesia, niega todo contenido y todo significado al cristianismo, el cual es tachado de «arqueológico» y «conservador». De ahí el auge de un cristianismo genérico, sin dogmas y sin Iglesia, según el viejo mito racionalista de la religión naturalista, fuera y en contra del catolicismo confesional (el deísmo). El camino de este deísmo es llegar desde el ateísmo individual, típico de la cultura del pasado, al ateísmo colectivo.

El responsable directo de la descristianización de la sociedad y de la cultura es el inmanentismo: de él derivan el panlogismo, el historicismo, el relativismo, la deificación del ser humano, la autonomía de la voluntad, el activismo, el vitalismo, la exaltación de la voluntad de poder y hasta el materialismo. La consecuencia es que el hombre, desprendido de toda dependencia de Dios, decae por debajo del hombre. El desvincularse de Dios es una caída del espíritu a la materia. El verdadero humanismo no puede ser más que cristiano: no es una renuncia a la vida, sino un enriquecimiento de la misma, el perfeccionamiento espiritual de la naturaleza humana en cuanto elevación a lo sobrenatural.

Si privamos a la civilización del cristianismo, la habremos privado de la esencia por la cual es civilización. La «religión» de la libertad lo es de una libertad hecha ídolo o fetiche. En verdad el hombre, sin Dios, no sabe dónde tiene sus raíces: desprendido del cielo, las busca en el subsuelo de la materia o se acomoda a un escepticismo nefasto. Es la Iglesia la que, en nombre de la civilización y de la salvación de la naturaleza humana, restituye el hombre a Dios y restituye su dignidad de criatura espiritual, señalándole, además, la Revelación.

La Iglesia enseña que hay deberes de justicia y caridad, que hay instituciones sociales que hay que salvaguardar y que obligan ante Dios, que la humana perfectabilidad trasciende a la esfera de lo sobrenatural. La Iglesia no sólo es caridad, sino también verdad: es caridad cristiana en cuanto, primero, es verdad. Debemos defender las posiciones de la Iglesia porque vale la pena defenderlas, para que la civilización laica no nos arrastre. El laicismo no ha sabido dar nada mejor de lo que ha dado la Iglesia y lo que ha dado contra ella se derrumba. La civilización moderna no ha superado a la Iglesia, sino que la ha descuidado y como la ha descuidado no la conoce. La antítesis no se encuentra entre la Iglesia y la civilización moderna, sino entre aquella y todo lo que hay de anticivilización en ésta. El alejamiento de la Iglesia no ha sido un progreso del hombre, ni está justificado por ninguna razón valedera y positiva: ello mismo ha sido una prueba apologética de la verdad eterna del cristianismo. Ningún problema ha sido jamás ignorado por la Iglesia, ni lo es hoy. Todos pueden hallar su solución, la solución verdadera, en una civilización cristiano-católica. La misma idea de hombre no es jamás la que piensan los hombres, sino la que Dios ha pensado desde la eternidad.

La Iglesia no condena el mundo, sino la mundanidad. No prohíbe el aprecio de los bienes, sino el apego a ellos (la idolatría); no niega el pensamiento, sino aquel que confunde la libertad de investigación con la arbitrariedad de negar la verdad o de ponerse como verdad absoluta. El cristianismo no está en contra de los valores de la civilización moderna, sino en contra de su idolatrización o superstición.

Sin embargo, la cultura actual va más allá, ya que ni trata de superar lo absurdo del dogma de la problematicidad de todo. A ello se añade un sentido trágico de la existencia humana. Sólo la Iglesia puede enseñar hoy día a los hombres el camino que puede sanar a nuestra civilización enferma. Es necesario que los «conservadores» combatan a ultranza para conservar a toda costa lo que debe ser conservado. Hay cosas que no pueden progresar porque son eternas y siempre verdaderas. La civilización futura

será cristiana o no será. La neutralidad en las cuestiones esenciales, en las decisiones que afectan a la esencia de la misma vida espiritual es siempre una traición. Es necesario resistir, pero más que todo, es imprescindible conquistar, orientar, informar a esta época nuestra para que el mundo de mañana sea cristiano. Hay que conquistar el derecho a no pertenecer al número de los «tolerados» y ser el rostro de la vida social.

Anticlericalismo y anticatolicismo son frutos del inmanentismo y del racionalismo modernos.

El laicismo es una concepción de la vida mundana que enseña a vivir como si Dios no existiera, que dice que Cristo es sólo hombre y que la Iglesia no es de origen divino. Este laicismo, no sólo es anticlerical, sino también ateo, anticristiano y anticatólico.

El clericalismo no es un principio o categoría religiosa, sino sólo una categoría política.

La Iglesia no puede ignorar las contingencias político-sociales, no puede hacerse extraña a la historia, que es la de sus hijos. La Iglesia puede ignorar el peligro de ciertas doctrinas, no puede dejar que el Estado obre negando su independencia y misión.

El clericalismo es el actuar una política parcial, mezclarse en los acontecimientos políticos partidistas, servirse de la acción de apostolado para hacer una política militante. Los católicos deben ir contra este clericalismo auténtico, pero sin caer en el anticlericalismo laicista, ya que, entonces, incurrirían también en lo político.

No es lícito pretender que la Iglesia se haga extraña a la vida, ni reaccionar frente al clericalismo con intolerancia: siempre es necesario evitar el salto del anticlericalismo al anticatolicismo sólo porque en la práctica se den injerencias que deberían ser evitadas. El «paso» se da del clericalismo al anticlericalismo (dos posiciones políticas).

Un católico, que por reacción frente al clericalismo se hace anticatólico, demuestra haber perdido la fe. En rigor, de verdad, sólo es anticlerical el católico auténtico. Este católico no puede

afiliarse al anticlericalismo (laicismo), de lo contrario está haciendo política.

La Iglesia no es clerical. Quien no es católico y cristiano, en rigor, de verdad, tampoco es anticlerical, sino que es un laicista, es decir, anticatólico (terreno religioso) y anticlerical (terreno político). De buena gana querría éste encerrar al católico en las sacristías.

Hoy, los verdaderos clericales son los laicistas, ya que tienen una voluntad de conquista del mundo, entendida como religión laica y mundana (espíritu de dominio del mundo como fin).

En un católico de veras, el clericalismo es corregido por su catolicismo; en un laicista no, es su religión. Alimentar el mundanismo y el activismo es reducir más la vida interior

El llamado anticlerical no es sólo eso: es, además, anticatólico. De su misión secularizadora hace una religión: la divinización de lo mundano. Y esos anticlericales, en cuanto laicistas, hacen de clericales, ya que representan un nuevo «clero», intolerante y dogmático, la «longa manus» del Estado laicista.

Los católicos también son ciudadanos. Por ello, la Iglesia tiene el derecho de guiar a los fieles en la conducta de su vida. La Iglesia no puede traicionar su misión y debe afirmar su esencia católica. No hay que servirse de Cristo para conquistar políticamente el mundo, sino servirse de la acción apostólica para conquistar el mundo en favor de Cristo.

VI. IMPIEDAD CULTURAL E IMPIEDAD RELIGIOSA

(EL OSCURECIMIENTO DE LA INTELIGENCIA).

«Debe la civilización europea todo cuanto es y todo cuanto tiene a la posesión en que está de las principales verdades sobre el individuo, sobre la familia y sobre la sociedad...».

J. Balmes.

«... acontece que hay ciertas ideas que, aun cuando sean hijas del cristianismo, sin embar-

go apenas se las reconoce como tales, a causa de que andan disfrazadas con traje mundano...». «De ahí resulta que muchas veces no apreciamos debidamente la influencia cristiana en la sociedad que nos rodea y que atribuimos a otras ideas y a otras causas fenómenos cuyo origen se encuentra evidentemente en la religión».

La inteligencia, dice M. F. Sciacca, también es piadosa. ¿Por qué razón? Porque permite descubrir que el hombre es ser en relación a Dios y ahí está todo el ser que le compete ser. El mal consiste en rechazar el límite, que es el signo de la inteligencia. La razón, cuando se pone como principio de verdad y de toda verdad, no es racional ni razonable.

Dicha inteligencia de la verdad no se deja ni consciente en ser medida por las cosas, por los cálculos, por su eficacia práctico-operativa.

Los hombres nacen de la caída, del oscurecimiento de la inteligencia, del rechazo del límite: nace por un cambio de condición y sigue por crisis sucesivas. Así, pues, perder la conciencia de la necesidad del principio no histórico, es el oscurecimiento de la inteligencia, la pérdida del ser.

La criatura es insignificante desde el punto de vista del devenir desmemoriado, cerrado a la inteligencia y abierto sólo a los sentidos y a lo empírico, sobre el que la razón ejecuta sus cálculos exactos y estúpidos a la vez.

La dimensión religiosa es el primer artículo del estatuto ontológico del ser humano. Y con la religión se suscita la fe.

La inteligencia es una mendiga de Dios; la pérdida del límite es la caída en la estupidez, la vida animal junto con el cálculo racional, la ceguera respecto al límite.

El pecado contra el ser, el bien, la verdad... es vivir como estúpidos, corrompiéndonos (al no ver las profundidades de su propio ser, o bien al negarlas, las depone por negligencia o por soberbia, iniciándose así un proceso de substitución reductivo).

Hay que querer al hombre y a las cosas según la alteridad por amor, que procede mediante el reconocimiento del ser, según justicia, ejecutando todo acto en el espíritu de inteligencia. Así, cada uno reconoce la propia nada en relación al ser infinito y así se descubre la verdad del mundo. En esta inteligencia del ser se encuentra el motivo para no resolverse en el mundo, lo cual sería la señal de la estupidez. La pérdida de la dialéctica de los límites conlleva el oscurecimiento de la inteligencia, un método reduccionista y la «egoidad» por odio.

La estupidez es *autoritaria*, prepotente, presuntuosa, activista (sin inquietudes espirituales). Si yerra, no lo reconoce. Es irritante, provocadora, *enfática*, niveladora en la ausencia de valores y de reflexión crítica. Lo utiliza todo sin comprenderlo. Es hipócrita, grosera, astuta, hábil, *triumfalista* y tiene a la masa de su parte.

La pérdida de la luz de la razón implica la caída del hombre en lo animal-racional y la puesta de la razón al servicio de los instintos. Así, la estupidez se hunde en la sensualidad, en el poder, en el éxito, en los instintos..., en la carencia del límite. No nacemos estúpidos, pero lo somos cuando sobrepasamos el límite, o bien cuando lo rechazamos. Reconquistarse como hombres es admitir la estupidez y atravesarla.

La estupidez opera siempre según el principio reductivo en vez del principio relacional. Por eso niega la dialéctica de los límites y busca una nivelación perfecta, oscureciendo las características naturales propias de todo lo creado. También opera con el método de la substitución.

La estupidez niega cualquier alteridad, rechaza todo principio, nivela y absolutiza sin dar un verdadero valor. Lo bueno es para ella una mera representación para un momento de ruidosa publicidad. La reducción es intercambiable a comodidad y la alteridad por amor es substituida por la egoidad. Esa ausencia de todo principio es, pues, impiedad.

La «pietas» es *respeto*, *veneración*, afecto, justicia, *benignidad*, sentimiento religioso. La estupidez es *irrespetuosa*, injusta, maligna, páfida. Su odio es negador, substitutivo, adialéctico

(si bien se cubre de pacifismo, humanitarismo, cosmopolismo..., etcétera).

La estupidez es la anticultura, que pretende culturizar a todos anónimamente, a nivel de slogans prefabricados y repetidos sin pensar. La estupidez no respeta ni principios ni leyes, ya que le falta la medida de la inteligencia. El estúpido habla como masa (lo opuesto a comunidad y pueblo). Al nivelar por debajo de la depresión espiritual, las relaciones humanas ya no son tales, sino una arbitrariedad de egoísmos calculados, donde cualquier trivialidad puede ser erigida en visión universal (las opiniones prefabricadas se hacen valer como opinión pública, dado el desorden mental y la carencia de conciencia moral).

El Dios-consumo se aparece con el Dios-producción. Todo ello lanzado al aire por los medios de comunicación de masas y apoyado por un espíritu tecnológico que sólo busca la felicidad en una ciudad secularizada totalmente. La estupidez sólo cree en el «optimum» de felicidad, en el bienestar técnico-industrial, en el prestigio del consumo, en la sacralidad de las relaciones sociales. Hace falta mucha paciencia y humildad para restituirlo todo a su ser y a sus límites, lo cual no es sino hacer justicia con el amor por delante.

Desde el siglo XVII comenzó para Occidente la parábola del oscurecimiento de la inteligencia por la pérdida del ser, llegando al nihilismo. Dicha parábola está destinada a descender hasta la identificación de Dios con las cosas y el hombre. Así, el saber se reduce a un conjunto de sensaciones-hechos-fenómenos sin ser, racionalmente calculables para fines prácticos.

Nietzsche es el denunciador de la muerte por nihilismo de Occidente.

Sólo el discurso sobre el ser, la inteligencia del ser, el problema del principio, permite redescubrir los valores de Occidente para reinstaurarlos en una nueva cultura. Es necesario atravesar la zona de la estupidez occidentalista que se ha ido historizando.

La falta de conciencia del nihilismo ha engendrado la autoexaltación del occidentalismo en su optimismo débil, que des-

plaza el fin último y lo coloca en el tiempo. La toma de esa conciencia, sin la reconquista del ser, ha engendrado el pesimismo débil de Nietzsche, que desemboca en la nada. Nietzsche demostró la imposibilidad de vencer el nihilismo con el paliativo del mañana.

La estupidez occidentalista tiene dos caras: el ser en el desprecio fingido por el tener y el tener en la pérdida del ser. Hoy día, el hombre tiende a lo primitivo en ausencia de lo original: es la indiferencia pacifista y humanitaria, la vida sensible según los cálculos racionales. Se asume la decadencia como progreso (corrupción).

Los auténticos valores culturales son Grecia, Roma y Jerusalén. No el helenismo, el romanismo, sino la hélade y la romanidad. Con el cristianismo y en la época que va de Carlomagno al Renacimiento, dichos valores renacen en la cultura de Occidente.

Las épocas de corrupción cambian las estructuras sin cambiar las disposiciones interiores. Con Bacon, el Occidente empieza a corromperse. El Iluminismo lo lleva al culmen y celebra su triunfo con la Revolución francesa. Más tarde, los Estados Unidos no harán sino expandir la civilización iluminista difundida por la potencia inglesa (jamás ha sido Occidente).

El occidentalismo exporta técnica y bienestar a costa del alma, en la orgía de la producción y el consumo, fin de sí mismos. La industrialización del tercer mundo le sirve para llevar a cabo una nueva forma de colonialismo, que arrolla las culturas locales. El control tecnocrático sobre la masa universal conjura el peligro de la inteligencia y de la alteridad por amor. Esta estupidez occidentalista está gobernada por la egoidad por odio: es humanitaria porque así consolida dominios.

Hay que atravesar el occidentalismo y recuperar la aportación técnico-industrial en una verdadera cultura, basada en el signo de la inteligencia.

Con la Reforma, la atención se centra en los intereses terrenos. Así, el siglo XVII inicia la marcha del occidentalismo. El mundo moderno no se preocupa por el principio del saber, sino

por el dominio y la autosuficiencia. Los valores son reducidos a los prácticos y los criterios pragmáticos imperan con fines utilitarios y económicos. Es el prevalecer de las pasiones y de los fanatismos. Es el prevalecer de la acción sobre la contemplación, de la utilidad práctica sobre la verdad, de la física sobre la metafísica, de la tarea sobre la virtud, de la ciencia sobre la filosofía. Es el auge de las ideologías.

El ser se mundaniza, se naturaliza, se historiza, se seculariza y se pierde envilecido. Perdido el ser se pierde el saber. La posición de Bacon, a través del empirismo y del iluminismo y por medio de Kant, atraviesa el siglo XIX y el nuestro.

El Occidente considera que, desde la Patrística hasta el Renacimiento, el ser ha empapado el tener. Con la ruptura del equilibrio renacentista comienza el occidentalismo y su marcha hacia el nihilismo. En este sentido, Descartes fue el primero que redujo el pensamiento a la razón matemática.

Por un lado se substituye el ser por el método y, por otro lado, se reduce el ser a algo incognoscible, inútil al progreso. Así, el occidentalismo entra en auge con el iluminismo, que persigue a la inteligencia y a la verdad para liberar al hombre de supersticiones y prejuicios: se hace al cristianismo responsable de todas las miserias. La espontaneidad, la razón naturalista, la utilidad, la reforma de estructuras, la demolición de las iglesias confesionales..., etc., todo para realizar el paraíso en la tierra. El fin de la filosofía y de la religión son ahora la realidad social y política, sin que ningún principio las controle.

El iluminismo es, pues, una etapa del occidentalismo en su primera fase burguesa, democrática y materialista. El positivismo y la izquierda hegeliana, con el surgir de la cuestión social, engendran un nuevo iluminismo. Tanto el socialismo en la teorización de Marx como el capitalismo en la liberal, son el anverso y el reverso de una concepción materialista que reduce todo valor al bienestar. Es la vida eterna reducida a lo secular perpetuo del «homo faber» que habla de Dios en términos de antropología cultural, como uno de tantos mitos superfluos.

Este vacío es el trampolín de lanzamiento del binomio pro-

ducción-consumo y la consideración del hombre como mercancía. Propaganda, publicidad, estadística y sociología: radical secularismo, desacralización occidentalista, coincidente con el nihilismo, inconsciente de la pérdida del ser. Y del ser que deviene se llega a la nada del ser: el nominalismo contemporáneo es la gnoseología de la nada. Así, el occidentalismo se consume en su efectividad. Su ciega rebelión contra Occidente le ha sumido en la oscuridad de la inteligencia.

Ciencia y técnica se abstraen al servicio del hombre. La autoridad se cambia por el autoritarismo tecnocrático. Por supuesto no se admite superestructura alguna, menos religiosa, en la sociedad del bienestar, intrínsecamente totalitaria y democrática en las formas.

Es como si el hombre estuviese más allá de la medida del ser, más allá de todo límite. Pronto el ideal iluminístico-hegeliano-marxista de que el hombre puede realizar la razón en la historia pierde el halo de la gran aventura. Este occidentalismo no calcula sino en base a la lógica de poder, convergiendo en una tecnocracia anónima a nivel mundial, que achata las aristas del comunismo y del neocapitalismo.

Bienestar como fin de sí mismo, nivel de vida..., etc. Esto es el motivo de la acción humana, de la tecnocracia que odia la inteligencia y la oscurece. Esta trata de persuadir al sentido común para que no haga preguntas y responda automáticamente. De ahí la intransigencia dogmática contra la inteligencia. No importa la verdad, sino la eficiencia y los resultados (el «optimum» de felicidad). Es el «homo calculans».

La civilización de la imagen contribuye a ello: se mira sin saber ver. Por otro lado, las relaciones humanas son rápidas y superficiales. Sabemos de los demás lo que se ve de ellos, no lo que son, por lo que lo que más importa hoy día es el tener.

El hombre vive sin existir, rinde y no molesta. El occidentalismo centra su interés en el hacer, en los derechos de la masa democrática que se vuelve esclava. Este es el precio de la planificación racional tecnológica, de la estupidez que margina la inteligencia, de la razón funcional y práctica que es dirigida por

los instintos y por la malicia ininteligente, astuta, oportunista, prepotente y servil. Todo se alinea en la horizontal terrestre, reducida al mecanismo producción-consumo.

La autoridad económica se hace autoritaria respecto a los otros valores, que no ve o niega. Se destruye el ambiente para debilitar al hombre radicado en un hábitat humano. Se esterilizan los sentimientos del amor y la fe religiosa. Se destruye todo principio moral. Se abre la vía al poder industrial-sindical absoluto.

La tecnocracia reduce todo valor a la técnica, usada como instrumento de poder. Se destruye el paisaje para que éste ya no sea un motivo de contemplación, se lo desacraliza y profana para que no sea motivo de sentimientos religiosos. Se elimina el producto genuino. Ya no se respeta ni se sabe escuchar a la naturaleza. Se obra sin pensar en las consecuencias, alterando los equilibrios naturales, tanto del hombre como de la naturaleza. Las mega-tecnópolis son la sede de una humanidad secularizada, inclinada al puro éxito material. Los hábitats son funcionales, impersonales y, así, esterilizan la fantasía y los afectos. La casa viene a ser una máquina para habitar, desacralizada y desacralizante, donde la familia se agrupa, en la imposibilidad de construir vínculos afectivos y según el nivel económico: cada uno está encerrado en sí mismo y sin escolta de alma.

La tecnocracia realiza debates a nivel práctico-utilitario para que la gente no se distraiga del «hacer». Quien piensa, sobra. Se resuelven las cuestiones por los cálculos de los datos, alcanzando un acuerdo a nivel práctico. Y si no se arranca el consentimiento (es la tecnocracia pseudodemocrática). Los planes se elaboran tecnocráticamente, luego se persuade a las masas y, por último, se someten los planes a consulta, que, claro está, da el beneplácito. La cuestión está en no elevar intelectualmente al hombre y esterilizar su formación religiosa.

La operación tecnocrática exige la colisión con el sindicalismo y la domesticación con el comunismo. Debilitadas las ideologías, el poder industrial y sindical se acercan en lo referente a la administración del poder decisorio. Así se hace invencible el

colectivismo productivo-consumístico. La tecnocracia intenta desconectar la carga revolucionaria del comunismo para que se burocratice y se cambie en un socialismo incoloro y un humanitarismo genérico (de rostro humano). El totalitarismo tecnocrático intenta castrar al comunismo, al liberalismo y a las religiones, de modo que surja una burguesía sin ideal, un social-comunismo sin revolución y un catolicismo-cristianismo sin fe ni eternidad. La lógica del totalitarismo tecnocrático construye al hombre-cosa, cerrado al ser y a la verdad, al hombre corrompido en los sentimientos y en la fantasía. Se desmitifica y terrestriza el sentimiento moral y religioso. La moral libertina ocupa pronto su lugar: la libertad coincidiría con el libre despliegue de la espontaneidad (pornografía y erotismo conquistan sus placeres artificiales). Se repite lo primitivo por exceso de corrupción y se pasa de lo originario (el signo natural, moral y religioso que le daba significado). Las drogas y el hedonismo se instalan en la sociedad y el amor sexual es conducido por niveles técnico-científicos. Todo lo natural en el amor y en la familia es puesto en berlina. Lo íntimo se hace público y ello rinde copiosas ganancias. A la tecnocracia le urge siempre el persuadir de que la familia es represiva y la moral esclavitud.

El hombre se considera como un conjunto de necesidades físicas (lo demás son tabús). El triunfalismo amoral se presenta, pues, como liberador: la estupidez, privada de medida, degenera en insensatez. La cultura democrática se identifica con la lucha contra el pensamiento formativo. Así, la sociedad se finge socialista y cristiana para vaciar al socialismo y al cristianismo; se finge pacifista y feminista para mejor vender armas y demoler a la mujer. Se habla de tener muchas cosas, pero en el olvido del ser. Lo importante es el aprendizaje de lo útil y rentable, los hechos del día, para una masificación de la cultura.

La impiedad cultural, consecuencia de la pérdida del ser y de la inteligencia, eleva a principio el pasar. La cultura se reduce al comentario de lo que sucede, en vez de formar al hombre integral. La tecnocracia adormece la cultura para fomentar una escatología mundana y un profetismo terrestre, un retorno

a los viejos mitos del humanitarismo y del pacifismo, cosa muy distinta del amor a la humanidad y de la paz. El único valor es la vida y éste no se subordina a nada.

La sociedad neocapitalista y la marxista están destinadas a encontrarse en un socialismo tecnológico, o en una tecnocracia socialista.

La sociedad del bienestar habría encontrado su límite si se hubiera acompañado del despertar religioso, capaz de contrastar su impiedad y su desacralización. Pero la tecnocracia ha rechazado el principio dialéctico de la revolución y lo ha vaciado del ideal religioso del porvenir, reduciendo el marxismo a materialista histórico, a un socialismo pragmático. De ahí el nuevo cristianismo como religión laica que iguala a todos en un uniforme nivel de vida, después de abolir todas las supersticiones.

Se ha buscado comprometer políticamente a los católicos hasta hacer prevalecer en ellos los intereses económicos sobre los religiosos y aplazando el ataque directo contra el comunismo. Se trata de hacer contradizos al catolicismo y al comunismo sobre la común plataforma del bienestar: una república mandada por la tecnocracia socialista y cristiana a su manera.

Se ha atacado todo lo que sea verdad revelada y se ha considerado al hombre autónomo: Es la impiedad religiosa. Se ha racionalizado la fe y se la ha purificado del misterio de lo sobrenatural y de la ascética, substituyéndola por la sociabilidad. El mismo vocabulario teológico se ha traducido en términos de sociología, de tecnología. El hombre accidentalista ha aceptado el mito del progreso infinito como su cumplimiento y felicidad.

Y la sociedad del bienestar tiene la hipocresía de llamarse cristiana. Se presenta la total desacralización como la nueva religión del porvenir, la espera inminente del reino terrestre. Se trata, pues, de hacerse libres para seguir los instintos y realizar la libertad sexual, reduciendo la caridad cristiana a un sentimiento humanitario: un apocalipsis secular e impío.

Se quiere imponer a la Iglesia la obligación de que bautice ese socialismo tecnológico o esa tecnocracia socialista. Se grita contra su riqueza y se ahoga en su opulencia.

Todas las revoluciones se intentan, menos una: la interior. La oración, la contemplación, el recogimiento... etc., no se entienden por impiedad. Hay que atravesar el compromiso mundano con plena fidelidad en la fe. Y para ello es necesaria la gracia que descende por la oración. Hay que reconquistar el bienestar en una concepción que no lo haga fin de sí mismo y no substituir la fe en Dios por la fe en la civilización. Hay que atravesar la estupidez y el nihilismo, asumir el sistema para hacerlo humanamente válido en sus conquistas: retorno a la inteligencia. Es una empresa de la humanidad, pero la semilla es católica.

VII. ¿CULTURA CRISTIANA?

Hoy día se ha realizado una auténtica fractura entre la verdad católica y la civilización moderna que, anticristiana en su conjunto, está bañada de cristianismo, pero deformado, despoctenciado, decapitado de lo sobrenatural, de la Revelación y de la Iglesia.

Nuestra gran tarea consiste en volver a hacer vital el cristianismo, de modo que substancie en su integridad, sin divorcios ni separaciones, a la misma vida.

Es necesario que no se separen filosofía y religión, verdad racional y verdad revelada: no sólo convienen una con la otra, sino que las dos están presentes en el acto concreto del pensar concreto y encarnado. El cristiano, que piensa y cree en la palabra de Cristo, no está obligado como filósofo, a abstraer de la verdad revelada, a pensar como si no fuera lo que es, a ignorar u olvidar a propósito el contenido de su fe. Debe existir una unidad en la necesaria distinción entre fe y razón.

No se comprende por qué un filósofo cristiano, conservando la distinción de los dos órdenes y sin poner como fundamento de la indagación racional verdades reveladas, debe rehusar aquella aportación de luz que le suministra la verdad revelada. Sólo con un artificio puede pensar haciendo abstracción de su fe. Si lo logra, significa que vive su pensamiento, pero no su fe.

La separación parte de una premisa muy discutible, a saber: que el filósofo cristiano, aunque no lo fuese, como tal habría pensado las mismas cosas que ha pensado (todo habría sido lo mismo, aun sin la Revelación).

Con Cristo y después de Cristo, la condición humana no es ya aquella de antes. Quien conoce a Cristo no queda ya como antes y, cuando piensa, piensa en la luz de la divina Palabra y no lo habría pensado sin ella, aunque aquello que piensa como filósofo sea una verdad racional. Ello es así, porque Cristo no ha revelado solamente Dios al hombre, sino también el hombre a sí mismo, le ha hecho conocer el significado verdadero y el destino auténtico de la prueba de la vida. Al revelar su filiación divina, le ha dado la verdadera ley moral, que es amor incondicional a Dios. En el Evangelio hay verdades reveladas que son comprensibles y que han tenido sólo desde entonces un nuevo significado (así los conceptos de persona, espíritu, libertad, familia, etc.).

Cristo, además de revelar a Dios, ha revelado el hombre a sí mismo, al hombre su humanidad profunda, la verdad humana de sí mismo.

Entre fe y razón hay más que una pura conveniencia racional. Es la unidad concreta del hombre cristiano. La reconstrucción de tal unidad en la distinción es la tarea actual a realizar. La filosofía cristiana, como filosofía, no puede defender y garantizar sino la validez objetiva del orden racional autónomo; como cristiana, no puede ignorar la Palabra de Cristo, que eleva y potencia ese orden. Su mérito estriba en la consideración integral del hombre integral, porque ninguna doctrina es tan integral como el cristianismo. En definitiva, la excelencia de lo creado culmina en Dios, que se hizo Hombre para que el hombre conociera toda su dignidad.

Tres son los principales enemigos del humanismo cristiano: la exaltación de lo colectivo y el predominio de la técnica, el orgulloso humanismo de las filosofías y corrientes culturales de la autosuficiencia humana, que rechazan lo sobrenatural en el nombre de la libertad de pensamiento y en nombre de la

autonomía de la razón; la consideración de que el hombre, después del pecado original no es capaz de nada (Lutero-Calvino-Kierkegaard-K. Barth).

No es cristiana, ni es humanista, la concepción laicista e imanentista del hombre, propia de la cultura de la civilización moderna, en cuanto ésta niega el hombre concreto por un imaginario hombre abstracto, como es el que halla la consistencia de su vida y el significado del mundo exclusivamente en el mundo. Un humanismo verdadero queda abierto a los valores religiosos.

Si el humanismo consiste en hacer fructificar, en su plenitud, los dones que el hombre ha recibido, es decir, que sea más integralmente hombre, dicho humanismo no puede estar sin Dios ni contra El. Afirmar al hombre es afirmar a Dios. El fallo grave del humanismo ateo es el no ver que la recuperación del hombre sin Dios es la más clara negación del hombre. .

La visión del cristianismo en la filosofía contemporánea se concreta en formas de fideísmo religioso (corriente que va de Pascal a Kierkegaard, Barth, Chestov), fideísmo laico (Unamuno, Jaspers); o en formas de racionalismo deístico, lejanas al mismo cristianismo, o de irracionalismo (existencialismo ateo).

VIII. RELIGIÓN Y CULTURA EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA.

Según el Vaticano II, la cultura dimana de la naturaleza racional y social del hombre de forma inmediata. Cultura es el cultivo de los bienes y valores naturales, el desarrollo de las cualidades corporales y espirituales de la persona humana integral. Cultura es la promoción de la capacidad de admiración y contemplación; el cultivo de los sentidos religioso, moral y social del hombre.

La cultura es, pues, una preparación para recibir el Evangelio, para difundirlo y explicarlo mejor, para investigarlo y comprenderlo más profundamente, para expresarlo más bien.

La Iglesia no está ligada a ninguna cultura en particular.

La «buena nueva» no hace sino renovar cualquier cultura del ser humano caído. La autoridad pública tiene el deber de fomentar todas aquellas condiciones y medios que hacen posible la promoción de la vida cultural; el deber de procurar una cantidad suficiente de bienes culturales; el procurar unas condiciones de trabajo que fomenten dicha cultura.

La cultura, en fin, es el tratar de conservar la estructura de toda la persona humana, que se base en Dios y que ha sido sanada en Cristo.

En los escritos de Juan Pablo II, la palabra «culto» se relaciona con «cultura», es decir, que a la substancia de la cultura pertenece la admiración y la veneración de lo divino. Así lo decía, en México, el 24 de enero de 1979.

En la Pastoral de la Cultura, el 24 de febrero de 1979, Juan Pablo II decía que los objetivos más importantes de la cultura son el empeño en descubrir el pleno significado del hombre regenerado en Cristo, el permitir su desarrollo integral, el realizar la síntesis de fe y cultura y el atestiguar un cristianismo viviente.

La fe no hace sino abordar la antropología en la perspectiva de la vocación y salvación plenas del ser humano. La fe es, pues, luz y guía de la cultura. Ello permite rechazar las visiones parciales acerca del hombre. Las culturas han sido el vehículo de la Palabra divina, su carácter es instrumental. Una civilización digna del hombre no puede ser sino cristiana (Gniezno, 3 de junio de 1979). El decir cultura «católica» no quiere decir sino que el ángulo cultural es «universal», ángulo propio de la misma inteligencia humana (Bolonja, 16 de junio de 1979). La división entre la fe y la cultura no hace sino impedir la evangelización (Universidad Gregoriana, 15 de diciembre de 1979).

La autonomía de la cultura, decía el Santo Padre en Munich, el 19 de noviembre de 1980, no representa una protesta contra Dios o contra la fe. El 1 de abril de 1980 dijo que la ciencia y la cultura tienen un sentido pleno, coherente y unitario si están ordenadas a la consecución del fin último del hombre, es decir, la gloria de Dios.

En Kinshasa, el 4 de mayo de 1980, después de afirmar un

legítimo pluralismo cultural, como las distintas maneras de caminar cada pueblo hacia la verdad única, recomendaba la fidelidad a la verdad total acerca del hombre, o sea, el no poder prescindir de la ética, la metafísica y la religión. La «buena nueva», afirmaba en Nairobi, el 7 de mayo de 1980, no hace sino reforzar los valores espirituales que se hallan en el corazón de la cultura.

Ante la U. N. E. S. C. O., el 2 de junio de 1980, afirmó que el ser humano es el sujeto de la cultura, así como su objeto y su término. La cultura, decía, lo es si se relaciona con lo que el hombre «es», en toda su totalidad e integralidad. La cultura debe buscar al hombre total. La misma vinculación del Evangelio y del hombre es generadora de cultura. Para crear cultura hay que considerar al hombre como un sujeto portador de la trascendencia de la persona. Por ello, las afirmaciones que se refieren al hombre, pertenecen a la sustancia misma del mensaje de Cristo.

En el VIII Congreso Tomista, el 13 de septiembre de 1980, hizo resaltar la vinculación del Evangelio y del hombre, de la fe y la cultura, diciendo que la recta filosofía eleva el hombre a Dios y que la Revelación acerca Dios al hombre. No se trata, pues, de separarlas.

En Colonia, el 15 de noviembre de 1980, rechazaba el tecnicismo científico funcionalista y su «razón instrumental». Sin embargo, especificaba, no hay que entender que la cultura técnico-científica, por el hecho de serlo, es contraria a Dios. Al contrario, la ciencia es la capacidad para la verdad.

El 5 de octubre de 1981, en un congreso de laicos, el Santo Padre sintetizaba el ideal de una cultura cristiana en las bases siguientes: una renovación de la cultura, la expresión integral del hombre, el servicio al mismo hombre, el enraizamiento en la tradición, la apertura a la trascendencia y basamento en las costumbres populares y en las nobles realizaciones científico-técnicas. La cultura, pues, es del hombre, se hace a partir del hombre y para el hombre (Universidad portuguesa, 15 de mayo de 1982).

Para que sea válida una cultura, decía Juan Pablo II en la Universidad portuguesa, no se puede dejar de atribuir la primacía a la dimensión espiritual del hombre. La cultura no es algo ajeno a la fe. La cultura tiene, pues, el papel de mediadora y colaboradora. El mismo Dios se sirvió de una cultura para expresar la Palabra de Dios, hasta el punto de que el Santo Padre nos habla de «Encarnación cultural». Los creyentes tienen así el deber de renovar la cultura a la luz de una sana antropología y a la luz del Evangelio.

En Lombardía, el 15 de enero de 1982, afirmaba que la cultura católica es luz que ilumina la experiencia humana y permite conocerla a fondo, hasta el punto de que, quien no tiene fe, debería reconocerla. La cultura que la fe engendra, pues, no es sólo razón, ya que reconoce la contemplación y se dilata en la caridad, atendiendo a todo hombre y a todo el hombre. La misión de la cultura católica es, de este modo, fundamental en el terreno civil y social. Ninguna democracia puede subsistir si falta una moralidad común que impregne la cultura. No sólo hace falta la libertad en las instituciones, sino, lo más importante, hace falta la libertad de las instituciones.

La cultura debe estar orientada por la fe, debe dirigirse hacia su cumplimiento en la fe. La fe está llamada a impregnar la cultura. Una fe que no se haga cultura es una fe no acogida plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente. El Evangelio no es necesariamente incompatible con las culturas.

En Ibadan, Nigeria, el 15 de febrero de 1982, Juan Pablo II decía que la ciencia y la religión, al ser dones de Dios, no pueden ni deben contradecirse. Se necesita, afirmaba, la religión para el diálogo, para la comprensión, para considerar la verdad fundamental acerca del ser humano. Por ello, una educación sin religión es una educación incompleta y sujeta a distorsiones manipuladoras.

En México, el 24 de julio de 1982, sostenía la inseparabilidad de la concepción del hombre y de su dimensión espiritual y moral. Hay que mirar, decía, al hombre en su totalidad.

Por fin, en Madrid, el 2 de noviembre de 1982, sus palabras

repetían lo que ya tantas veces había dicho y pregonado a todos los vientos: que el vínculo del Evangelio con el hombre es creador de cultura, que ciencia y fe, si bien son dos órdenes de conocimiento distintos y autónomos en sus procedimientos, convergen finalmente en el descubrimiento integral del hombre que tiene su origen en Dios. El hombre es, como afirmaba Séneca, una «res sacra». Y las raíces de la paz social son de orden cultural y moral: la paz es una conquista espiritual del hombre. Hay que evitar, por tanto, toda ideología de la producción-consumo que materializa al hombre, hay que evitar el fatalismo, hay que evitar el permisivismo hedonista, hay que evitar el agnostismo que desaloja a Dios de la cultura. Sólo así se defiende al hombre.

No existe, por un lado, una razón sin puertas ni ventanas, que se armonice, por el otro lado, con una fe hermética. La llamada «falta de humanismo» de la Edad Media nos hizo marrar los ideales de entonces; el «humanismo» de la Edad Moderna no ha mejorado dicha edad. Esa «falta de humanismo» no equivale a una falta de humanidad, no es una carencia incompatible en el sentido humano. Por otra parte, el «humanismo», a secas, siempre es antropocéntrico. La teología de la fe no excluye la razón; ni el llamado «Sacro Imperio» de la Edad Media anula la política. El «humanismo» no hace sino dar a los elementos humanos del catolicismo una vertiente antropocéntrica que los desnaturaliza y les hace perder la exaltación que deben a su conjunción con el orden divino. Todo ello conlleva una secularización a corto o a largo plazo: el ateísmo implícito que, poco a poco, se va haciendo explícito. En definitiva, no se puede dar de lado al último fin, al que, de hecho, está ordenado el hombre. Tampoco se puede dar de lado el conocimiento del estado histórico en que se encuentra la naturaleza humana. Un estado de naturaleza pura es un estado puramente posible que, de hecho, no ha existido nunca. De ahí la insuficiencia de la ética natural en orden al bien divino y sobrenatural, la única y verdadera finalidad del hombre en su estado existencial.